

MONOTONÍA

¿Cuánto estás dispuesto a sacrificar por aquello que realmente deseas? ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar? Si me lo hubieran preguntado ayer, estaría completamente segura de mi respuesta, sobre todo tras largas horas de escuchar al Sr Smith en mitología, inculcándonos las moralejas de mitos como mi favorito, el de Orfeo y Eurídice. Se dice que el amor todo lo puede, pero parece que ni siquiera eso basta para obtener el “comieron perdices”. Pero, ¿y si mi “comieron perdices” resulta en la monotonía?

Jueves, 25 de septiembre

Los primeros rayos matutinos me hacen abrir los ojos. Al hacerlo, veo a pelusín roncando a los pies de mi cama. Por una vez, para variar, soy yo la que lo despierta primero. – ¡Buenos días, señor pelusín! – grito a todo pulmón, en parte para fastidiar a mi hermano, quien doy por hecho estaba durmiendo a pierna suelta. No tardo en escuchar sus quejidos y no puedo evitar reírme.

Hoy me da mucha pereza ir a clase. Encima, tengo una presentación de inglés. Sin embargo, al recordar qué día es hoy me levanto como un muelle y procedo a vestirme a toda mecha. De repente, tengo muchas ganas de ir a clase.

Al igual que todos los 25 de septiembre, mamá nos lleva en coche a clase. Primero, deja al renacuajo de mi hermano en primaria para luego llevarme a mi al instituto. Menos mal que los dos edificios están situados uno junto al otro. De lo contrario, estaría llegando tarde, como de costumbre.

A primera hora tengo clase con el Sr Smith. Qué oportuno. Él y su famoso lema “el amor todo lo puede”. Las primeras veces era soportable. Ahora ya es un suplicio. - Díselo a los que siguen en guerra en Ucrania – me gustaría decirle. Pero más me vale guardármelo para mí. Además, hoy no voy a dejar que el señor mundos de yupi me irrite. No, hoy no. Hoy es un día especial.

Suena el timbre de recreo. Tengo una llamada perdida de Sheyla, acompañada de unos 400 mensajes suyos con emojis de fiesta y tarta. Me encanta lo loca que puede llegar a estar. Y lo locas que estaremos el sábado, en la fiesta “sorpresa” que nuestro grupo de amigos ha planeado. Sigo revisando mensajes. Los yayos, la prima esa de la que nunca me acuerdo el nombre, algunos conocidos de vista...hasta el Mc Donalds me desea un feliz día. Qué considerado. Sigo así, deambulando en dirección dónde sé que se encuentran mis amigos cuando me cruzo con el señor mundos de yupi. – Dios, con una dosis diaria de tostón ya tengo más que suficiente –.

– Te noto distraída, Lauren – me dice. «Já, como para no estarlo» pienso.

– Deberías tomar más apuntes, en vez de tanto cuchicheo y tanto mirar por la ventana. Si prestaras un poco más de atención, te sorprenderías con tus notas. Y recuerda, “el amor todo lo puede” –.

Pongo los ojos en blanco mentalmente. Nunca falla. Lo que me voy a reír luego con Sheyla cuando se lo cuente. Sumaremos una más a las veinte que ya lleva hoy. Juro que no hay un solo día que no diga esas cinco palabritas.

Antes de que me dé tiempo a marcharme, me coge la mano y me pone algo en ella. Una pulsera sencilla con un corazón. La verdad es que es preciosa. Esto sí que no me lo esperaba.

El resto de la mañana transcurre muy bien, incluso mejor de lo esperado. Resulta que si les dices a los profes que hoy es tu día se vuelven más majos. Me encanta. Debería cumplir años más a menudo.

Cuando llego a casa, no hay nadie dentro, pero no me preocupa. Es la tradición. Todos los años, mamá, papá y el tato aprovechan que no estoy para comprar mi regalo, acompañado de una tarta tres leches, mi favorita. Supongo que se habrán retrasado. Bueno, al lío. Tengo un hambre que me muero. Encima hoy hay la famosa lasaña de mamá – ¡cómo la adoro!–, – a ella también, por supuesto –.

Para cuando acabo ya son las 16:00 pm. Jo, tardan mucho. No puedo esperar a comer tarta. Para distraerme, decido llamar a Sheyla, hago los deberes... las 17:30 pm. Vale, me estoy empezando a preocupar. Esto no es normal, nunca tardan tanto. A lo mejor este año la sorpresa es más especial. Al fin y al cabo, 16 no se cumplen todos los días. Llamo a mamá. Una vez. Dos. Directa al buzón de voz. – Paciencia, Lauren, paciencia – me digo. Me aburro. Y mucho. Necesito distraerme. De lo contrario, me monto mis paranoias y ya sé cómo acaba la cosa. Menos mal que hoy tengo entrenamiento. Nada como un poco de nado para despejar la mente. Y, a la vuelta, ya habrán llegado. Es lo que adoro de estar ocupada. Pasa el tiempo más rápido. A lo que me descuide, tendré una cuchara en la mano y competiré con mi hermano por ver quien se acaba los 500 gramos de gloria pura antes.

Todo resulta como planeado. A las 18:30 pm salgo de casa. Voy dirección piscinas. Me cambio. Nado. Protesto mentalmente por el entrenador. Justo hoy el entrenamiento es como un millón de veces más duro. Bueno, así tendré más hueco para la tarta, aunque no lo necesito. Tras una hora, acabo. Me ducho. Salgo. Me paro. Me están llamando. Es la tita. Que raro. Nunca me llama. De hecho, desde aquella pelea familiar, nunca ha llamado a nadie de la

familia. Y ya es bastante tarde. No estoy siendo muy justa. Nunca es demasiado tarde para llamar a tu única sobrina en el día de su cumpleaños, ¿no?

Descuelgo el móvil. No sé en qué tono esperaba que me respondiera, pero nunca, ni en un millón de años, me la hubiera imaginado llorando. No. No está llorando. Está sollozando. Creo que incluso puedo oír cómo tiembla. Jamás hubiera dicho que el oído humano es capaz de percibir eso. Se me alertan todos los sentidos. Se me pone la piel de gallina. Esa sensación extraña que llevo teniendo desde que he regresado no ha sido en vano. Y, antes de que me diga esas palabras que me cambiarán la vida para siempre, sé lo que sucede. Sé lo que me va a decir. Pero esas milésimas de segundo que tardará son sagradas. Es lo que me aferra a lo que soy. Porque, una vez dichas, ya no habrá vuelta atrás. El tiempo se congela, y, de pronto... – Lauren, tus padres han muerto –.

Jueves, 25 de septiembre

Los primeros rayos matutinos me hacen abrir los ojos. Al hacerlo, veo a pelusín roncando a los pies de mi cama. Por una vez, para variar, soy yo la que lo despierta primero. Espera, esto ya lo he vivido. Me levanto, sobresaltada, al recordar lo que pasó ayer. ¿Qué pasó ayer? La cabeza me palpita. ¿Esto es real? Miro el reloj-despertador. Las 7:13 am, 25 de Septiembre. Hoy cumpla 16 años. Pero ya los cumplí ayer. ¿Era un sueño? Juro que ha sido de lo más real que he vivido. Resulta increíble, la mente.

Decido ignorar ese sentimiento. No era más que un vívido sueño. Pesadilla, mejor dicho. Prosigo con mi día. Saludo a pelusín, me visto... Espera, noto un peso que no me es familiar en la muñeca. ¿Desde cuándo llevo yo pulsera? Me la miro. Me quedo sin palabras. Porque es imposible. Es completamente imposible que yo lleve una pulsera sencilla, preciosa, con un

corazón en el centro. Es imposible que la tenga puesta. Porque eso significaría que lo de ayer fue real.

Nunca antes había bajado las escaleras de mi casa más rápido. Sin embargo, cuando bajo a la cocina, allí están. Mi madre y mi hermano, hablando como si tal cosa.

– ¡Felicidades cariño! – me dice mamá – pero corre, que harás tarde –.

Todo transcurre igual que ayer. El trayecto en coche, las clases, el encuentro con el señor Smith, el regreso a casa, el entrenamiento... la llamada. Todo exactamente como lo recuerdo. Ahora mismo, estoy a punto de descolgar el teléfono. Espero unos segundos... – Lauren, tus padres han muerto –.

Estoy en un bucle. Uno en el que revivo una y otra vez la muerte de mi familia. No estoy loca. Es real. Y no sé qué hacer. ¿Acabará esto alguna vez?

Es el tercer día consecutivo que cumplo 16 años. Es el tercer día que vivo como mi familia muere. Por mi culpa. Por una estúpida tradición.

Me sé mi itinerario de memoria. Hasta sé qué va a decir cada persona en cada respectivo momento. Sin embargo, no estoy cansada. Esto es lo único que me permite seguir viendo a mi familia. Si esto acaba, si es que acabará, seré huérfana. Y no estoy preparada para ello. Nunca lo estaré.

Llega mi encuentro diario con el señor Smith. Bla, bla, bla, que preste más atención, bla, bla bla. Pero cuando esta vez me pone la pulsera en la mano, no lo dudo. – Sr Smith, ¿por qué repites tanto “el amor puede con todo”?

– No lo sé, Lauren. ¿Por qué crees tú que lo digo?

Estoy en la cama, mirando al techo. Llevo así un buen rato, no sabría decir cuánto. Probablemente horas. Quedan tres minutos para que suene el despertador. Le he estado dando vueltas a lo que me dijo ayer, hoy, o lo que sea que fuere ese período de tiempo el señor Smith.

Orfeo sacrificó su vida por su amada, por amor. En su caso, el amor pudo con todo. Al final, él obtuvo su final feliz. Su comieron perdices. Pero mi vida no es un mito. No es una historia que futuras generaciones recordarán como una bonita historia de amor. No. Mi vida es un bucle. Mi “comieron perdices” hace setenta y dos horas que quedó en el olvido. Y, en los mitos, el amor siempre puede con todo. Smith se equivoca. Para mí el amor nunca será suficiente.

¿Cuánto estás dispuesto a sacrificar por aquello que realmente deseas? ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar?

Si me lo preguntas ahora, en este mismo instante, en el momento en el que estoy tendida en mi cama, mirando al techo, estoy dispuesta a llegar a la monotonía. Ahora te pregunto, ¿hasta dónde estás dispuesto a llegar tú?